

SOLLER

SEMANARIO INDEPENDIENTE

VELADA LITERÁRIA

ORGANIZADA POR LA SOCIEDAD "CÍRCULO SOLLERENSE,"

En honor al eminente literato y afamado pintor D. Santiago Rusiñol

Para que nuestros lectores puedan mejor formarse juicio de esta velada, celebrada el martes último en el salón-teatro de la Defensora Sollerense...

DISCURSO DE D. PEDRO ALCOVER

SEÑORES Y CAVALLES:

Ja sabeu tots que se tracta de festejar en Santiago Rusiñol. Com es tant fruité, bé voldriem qu'arrelas en aquesta comarca...

Li dona aquesta modesta velada literaria Es «Círcol Solleric.» Y es «Círcol Solleric», com també sabeu molt bé la majoria dels qui m' escolten...

Aixís com sa pietat, o es fervor religiós aixeca temples y monuments en commemoració d'un miracle...

Arriba que sabeu de què se tracta, no vull robarvos més sa vostra atenció, avarra segurament d'altres emocions més grates que vos esperen.

PERE ALCOVER.

Novembre 1902.

A UN GENI

Que bé podria resultá ser en Santiago Rusiñol, ab motiu del seu voluntari, encara que curt desterro, en aquest recó de mon.

Si els homes sou tots germans Com diu la Sagrada Historia. No sé perquè major gloria Correspon sempre a-n'els grans.

Si el neixé s'a sans engany Y del món ningú escapa,

Just es qu'el qui no té capa S'abrigui ab la del company

¿Perqu'es qu'aquest bon senyó, Que li diuen Rusiñol, Ha de pintar com ell sol, Y escriure encara milló?

Sa fama, may desmentida Ressona en tot l'hemisferi: Digaume ¿Per quin misteri La té tan ben adquirida?

Perqu'es artista que val, Simpatic, estudiós, Perque pinta, ab los colors Purs y nets, sense rival.

Si'ls animals tenen rey En forsa, comes y cant, Será just, será de ley Que Rey hey haja pintant.

Qu'el geni neix y no's fá, Es cosa que tots sabem; Menjam, vivim y creixem Per morir a l'endemá.

Si l'ingeni es pura esencia Del geni que Deu nos dona, ¿Quants ne conec, y fá estona Que mereixen reverencia!

Visca l'artista afamat, Visca el catalá patriá, Preguem tots qu'un nou ofici El torn desterrá aviat

A Sóller, poble estimat, Qui recorda el seu, qu'es Sitges, Y allá sens fer res a mitjes, Té'l bell Museu «Cau Ferrat».

Gloria, doncs, a Rusiñol, Pintor de fama y valia, Saludemlo ab simpatia A fi que torni si vol.

JAUME TORRENS.

Novembre 1902.

Y ASI MURIÓ

Pasaban siempre al anochecer. A larga distancia Rosa y su abuelo, tio Longinos, sentados y á la puerta del corral...

Frente al corral deteniase el ganado á beber. En tanto que las cabras se entracimaban alrededor de la piletta del abrevadero, el mozo liaba un cigarrillo á tio Longinos y trababa paliqne con Rosa.

—Vamos, vamos—decia el abuelo—Rosa te gusta. Si no estuviera yo aquí ¿h...? Te la comerías á besos.

Y Longinos se sacudia las orejas. Hecho una ruina le bailaba el alma. Llovían atrocidades; los muchachos soltaban el trapo á reir. ¿Era más bueno el «viejecito»! Quería al pastor como si fuera sangre de su propia casta. Ginés, padre de Pablo, y el abuelo de Rosa habían sido y eran compinches inseparables, carne y uña.

miento con la misma solicitud y gusto con que en los años de agua veía esponjarse los sembrados en la vega. Diariamente Longinos, señalando el Dorado, su camello, le decia al pastor, entre veras y bromas:

—«Mira, cuando yo me vaya á los plátanos (morirse) será tuyo. Deja las cabras. Te haces arriero. Es otra cosa.»

Pablo acogía la promesa levantando los hombros. Vamos, no se entusiasma. La satisfacción era para su padre que con los ojos bailando de codicia miraba ya el camello como herencia indisputable. ¿Ambicionar Pablo? No le conocían. Que le dejaran tranquilo con sus cabras, en su monte. Y de allí á la Gloria. Bueno. Ya estaba liado el cigarro. Al despedirse Pablo, Rosa se plantaba en mitad de la vereda. Llegaba para la chica el momento de placer renovado cada tarde: contemplar el destie del ganado, verse perdida, arrastrada por el gran remolino; sentir en las piernas el roce del vientre de las cabras...

—¡Adios! ¡Adios! Detrás de todos seguía el Lucero, el mastin cojeando dolorosamente, alzando de cuando en cuando la pata inútil. Lejos, por la vereda blanca y sin contornos, se perdía el ganado. Marchaba lentamente bajo el misterio de la noche, mientras que allá, en el aire y al son de las esquilas encendianse las estrellas una á una...

Un día, al amanecer, llegó el Dorado á la puerta del corral. Media dormida, oyó Rosa, desde el catre, el resuello de la bestia que horticaba por las rendijas del portalón. Displícite y perezosa, la muchacha se estuvo quieta dando tiempo á que su abuelo se bajara á abrirse paso por sí mismo. Dos, tres minutos corrieron. Nada: ni voces en las viñas, ni chirridos en el cerrojo, ni el lamento de los goznes largo y doliente como el llorar de las becerras. La luz del alba se metía por el resquicio del postigo, y bajo la cama de la moza y en un nidial de piel de cordero la cria de la clueca despertaba piando alborozada. El viejo no se movía. Era inútil dejar el portalón entornado. Con los pies desnudos y mal ceñido el zagalejo, Rosa corrió á abrir. Lo que de costumbre: el abuelo llegaba ronca que ronca.

Confiado al instinto del animal, el hombre en sus largos viajes nocturnos del Puerto á su casa, se dormía recostado en cruz de la silla, al rítmico paso de la cabalgadura. Eso cuando no llegaba como un pellejo, chorreando alcohol y sin blanca en el bolsillo. Entonces era cosa de transportarle en una expuerta de acarrear tomates, á dormir la mona al aire libre. Los granujas de los pueblos de tránsito conocían ya las debilidades del viejo. Al divisar el Dorado con Longinos dormido, gritaban á una:

—¡Tuche, Dorado! ¡Tuche, demonio...! El camello no pecaba de tonto; pero á veces caía en el lazo: hincaba las rodillas para echarse y Longinos se desportaba en tierra vomitando maldiciones.

Frente á Rosa, el Dorado permanecía erguido. La chica se aproximó. ¡Cristo! ¡Y como llegaba el viejo! Blancos los ojos, torcida la boca, las piernas velludas y quemadas, abiertas como un horcón todo, lo mismo como si se hubiera caído de lo alto de una torre. Atemorizada, Rosa le llamó en vaho.

—¿Abuelo, abuelo! Le tiró de una pierna: la pierna no «jugaba.» Á Rosa se le quedaron las venas sin sangre. Despavorida se metió en el corral gritando:

—¡Madre, madre! ¡Muerto!... El abuelo muerto!

Muerto, bien muerto, agarrotado. La muerte le había sorprendido en las veredas extraviadas, en la quietud de los campos solitarios, bajo el cielo estrellado y sereno, testigo mudo de sus interminables soliloquios de beodo. Una mueca, un temblor de mandíbulas, el alma se quedaba atrás y el Dorado siguió su camino columpiando el muerto entre las palmeras invisibles que poblaban la sombra de suspiros y murmullos.

En un rincón, en lo más oscuro del cuarto Rosa y su madre, Dolores, hija de Longinos, lloraban silenciosamente. Pablo, Ginés y Antonio Barreto, primo de Rosa llegado al enterarse de la desgracia, aguardaban sin chistar, perdida la conciencia y los ojos errabundos. El cura se había dormido con la cabezota caída sobre el pecho y los pies al soque se colaba por la puerta abierta de par en par. Uno á uno entraban los pollos cautelosamente á beber en el tazón de agua bendita. Por el borde del ataud asomaban las rodillas y la nariz del muerto. Un diluvio de luz rodeaba la casa, inundaba los campos. El silencio era profundo, triste como debe de ser el silencio de las alturas sin fin. Cortábanlo á veces, fuera el resoplar del Dorado, dentro el hipo estertoroso de las mujeres inconsolables.

Quando llegó la hora de partir, el ataud no se podía cerrar. Las mujeres, locas de dolor, chillaban restregándose las manos. Había que concluir pronto, de cualquier manera. Pablo se dejó caer sobre la tapa del ataud y los huesos del viejo crujiéron como un manajo de arbustos aplastados. Todo acabó. En marcha. El viaje no era corto: tres horas de camino sin parar. Delante, atravesada en la joroba del camello iba la caja meciéndose dulcemente sobre los trigos...

Pablo se negó en redondo á exigir el cumplimiento de la voluntad del difunto. Ni éste le prometió nunca en serio el Dorado ni aun cuando se lo hubiese prometido, existían «papeles» que acreditarán la promesa. Bien lo sabía Ginés: al viejo le repugnó siempre tratar de aquellas cosas tan íntimamente relacionadas con el morir. Convencido el padre de que Pablo no cejaría, le dijo resuelto:

—Bueno, si no vas tú bé yo. Y una tarde, á tiempo que allá en la montaña el cabrero dormía sobre las grandes peñas, pobladas de lagartos, Ginés se puso la cachorra y fuese en busca de Dolores.

A la primera insinuación, la mujer saltó hecha una pólvora. ¡Sinvergüenzal! ¡Qué se limpiara el hocico! Y vació sobre Ginés todo el odio, la rabia toda acumulada desde la infancia. Dolores no había olvidado, no olvidaría jamás que aquel hombre era el autor de las francachelas que tan hondos quebrantos había causado en la hacienda y en la salud de su padre. Ginés perdió los estribos. ¡Hija de tall! ¡Roñosal Dolores se puso livida; agarró un ganigo y lo tiró al viejo, á la cabeza. Si le cogía se la deshace. Las relaciones entre ambas familias quedaron rotas. Tres días después Dolores vendió el camello.

Quando Pablo se enteró de lo ocurrido estuvo una semana sin hablar á su padre. Ahora el cabrero hallaba el corral cerrado á cal y piedra. Dentro cantaba Rosa. Algunas veces la oía reír con Barreto que la visitaba casi á diario. El pastor sentía un ímpetu loco que le hacía temblar las piernas. Una tarde arrancó un geranio; lo tiró por sobre las tapias; desde el corral se lo rechazaron. El cabrero pateó la flor y siguió el camino. No pasó más por

allí; buscó otro abrevadero, otras veredas. Quiso olvidar á Rosa. Los domingos se emborrachaba; iba á las taifas y á las velaciones; no perdía una en diez leguas á la redonda. De tales holgorios salía á la una y á las dos de la madrugada, muerto de sueño y eructando aguardiente. Se perdía en los atajos; horas y horas caminaba sin rumbo; concluía por sentarse á esperar el sol. Mas la angustia de ser sorprendido y destripado por los camellos que en los meses de brama huyen de los corrales para vagar fieros y libres, le obligaba á levantarse y á marchar sin descanso. Tal era su vida. Pero, ¡ay! no lo lograba, no podía acostumbrarse. Cuando de noche, después de la cena, se tendía en los poyos del patio, el alma se le escapaba, se le iba volando á discurrir tristemente alrededor de la casa de su padrino, en torno de la lucecita del hogar vedado, lejana y sola en la llanura como una Lágrima de la Virgen, caída desde el cielo. Y Pablo se dormía al fin con el alma ausente y el corazón y la cabeza colmados del recuerdo de Rosa, del diablillo querido, alegre como un álamo en días de viento, graciosa, ondulante como el humo de las hogueras en tardes de calma.

Solo y fatigado, con la chaqueta al hombro y de regreso de un baile, volvía Pablo una noche á su casa. Era en el plenilunio de Abril. La luna besaba los sembrados, el camino, las veredas, las montañas silenciosas, casi invisibles, adivinadas en el horizonte. En un cercado ladraba un perro. Lejos se oía la voz de un grupo de gente que marchaba cantando hacia la mar. Se columbraba la casita de Rosa, cuando de pronto, sintió Pablo que á su espalda se abrían los trigos. Volvióse, y la piel se le erizó: era el Dorado, con la brama,uelto. Pablo se arrojó de golpe á la cuneta, y engurruñado, sin respirar, huyó sintiendo la muerte próxima, inevitable. El animal enfurecido le perseguía por lo alto del camino, arrastrando la cadena, galopando á veces, á veces deteniéndose para alargar el cuello y olfatearle en la sombra. La casita de Rosa blanqueada, aislada en medio del campo; instantivamente Pablo se lanzó á ella; el camello se arrojó á los trigos; entonces comenzó una fuga terrible. En la huida se le cayó á Pablo la chaqueta: el animal se detuvo, la olió un momento y siguió al galope. Al mozo le faltaban alientos. Tropezó dos veces. Las piernas le flaqueaban. Iba á morir, iba á morir. ¡Señor! Estuvo á punto de entregarse, de arrojarla á tierra para que el camello le escachara de una vez. Pero el miedo le azuzaba. De un brinco salvó los muros del corral. Al caer, Pablo sorprendió á Rosa, cuchicheando con un hombre, su primo. La muchacha se desprendió de los brazos de Barreto, y huyó. Este se puso en pié e hizo cara al importuno.

—¿Qué? ¿A qué vienes? Largo...

A Pablo le faltó voz para contestar. La ira, el cansancio horribles le ahogaban. Sintió que en su corazón se moría la alegría de vivir, la vida misma. Se apoyó en la tapia. Al cabo pudo hablar:

—No, no tengo por tí ni por ella! El Dorado anda snelto; me ha perseguido; no me podía salvar; ¡Así me hubiera reventado antes! ¡Pero ahora, ahora me voy...! ¡Adios, adios, Rosa...!

Abrió el portalón, echóse al campo y cerró por fuera. En el sosiego de la noche oyóronse sus pasos claros y firmes,





